



Círculo Rojo

EL MOTÍN

UNA HISTORIA DE AMOR Y MUERTE EN EL TEATRO
DE LA INTRIGA Y LA CONSPIRACIÓN

EL MOTÍN

UNA HISTORIA DE AMOR Y MUERTE
EN EL TEATRO DE LA INTRIGA Y LA
CONSPIRACIÓN



Feliciano González


Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: abril 2021

Depósito legal: AL 772-2021

ISBN: 978-84-1398-474-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Feliciano González

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Para Gorana
Para mis hijos Fernando, Gabriel y Nicolás
Para mis padres María Teresa y Feliciano.

1

Como cada mañana, solo las altas copas de los chopos mantienen perceptible la tensión de la vida. Bajo ellos, ni vida ni luz ni nadie ni nada. El rumor ciego del agua tendida agoniza en el primer albor. El olor a hierba y barro descarga irisaciones nauseabundas sobre el lienzo despreciado del nuevo día. Cómico aliento que se despereza por rutina, como cada página de la burlesca historia que escribieron, y escriben, todos esos hombres y mujeres rendidos a la pereza, que no se asoman para admirar el hermoso momento del amanecer en el Jardín Real. Formas y colores se entrelazan para cubrir con un tul de delicadeza el solar vacío y desechado, un decorado florido en un vergel desierto, reseco por la desidia de quienes debieran procurar su magnífica presencia. Piel de toro vegetal abandonada a su suerte.

La sierra, imponente y azul, se asoma sobre las frondas de pinos, robles, chopos, abetos. Guardián implacable y huidizo. Los últimos neveros mantienen prendido un candil blanco en las crestas del norte. Velan un luto afilado de siglos sobre las almas despreocupadas, ignoradas e ignorantes, ya secos los ojos del largo invierno, del dolor y la guerra. Ni una voz, ni un eco que no sea el del graznido de los grajos hambrientos, desesperados, en busca

del primer alimento. Apetito secular descarnado que no marca diferencias entre sus víctimas. Fijan la presa, vuelan en derredor suyo, la provocan, se cercioran de su debilidad, de su indefensión completa. Entonces deciden saltar sobre ella, le pican los ojos, los labios, la carne más blanda y asequible, no cesan en su egoísmo enfurecido. No distinguen. Ciegas aves criminales. Ley brutal la de su absurda naturaleza rutinaria que las obliga a vivir. Ciegas, sí. Ceguera ancestral bullendo venas de odio urgente. Comer para vivir. Vivir para comer. Matar para vivir. Vivir matando.

El jardín del palacio está habitado por un número desconocido de seres ocultos. Entre sus setos perfectamente recortados y sus hileras de árboles las criaturas de piedra observan sin interés, como los jarrones en las vitrinas. Fuentes barrocas de exageradas figuras, presas de un amaneramiento ridículo, posan retorcidas para disfrute de selectos paseantes. El agua discurre libre desde las cumbres por un intrincado laberinto de canales artificiales que violan con agresividad las faldas del monte. Virilidad líquida que impone su criterio al orden natural. Antes de alcanzar el palacio, las aguas se embalsan en una ancha acequia donde recrean un falso remanso de lagos alpinos, para eyacular ferozmente por las bocas de las numerosas fontanas. Espectáculo divino y, en consecuencia, groseramente inhumano, pues lo realmente humano, la realidad en carne viva, se mantiene discretamente distraída al otro lado de las altas tapias que adornan de cerrojos este acicalado huerto seguro y ameno.

Los empleados del jardín procuran que cada anochecer ninguno de los privilegiados visitantes quede rezagado, y todos abandonen el recinto. La noche es aún más exclusiva, llega servida de secretos goces. El placer requiere el aislamiento, la quietud, el grupo mínimo, la dualidad cómplice. Tan vasto espacio es propiedad indiscutible de quienes pueden acceder noctámbulos a enredarse en las enaguas del boj. La noche deforma los rostros, los perfiles más humanos son monstruosos, mórbidos. El juego diabólico del placer se desata onírico y delirante. Nada que tenga verdadera

trascendencia es relevante. La frivolidad toma el relevo de la ley y la cordura. Las aves diurnas no se alimentan por la noche. Vigilan desde las sombras y aguardan. Olfatean el anuncio de la mañana. Hacen emerger sus instintos al alba, cuando las gentes entregan los suyos al descanso.

Suaves ecos del despertar apagan el reposo de los paseos donde las altas ventanas del palacio se asoman. El chirrido de las bisagras anuncia que los primeros sirvientes se disponen a insultar de luz el interior de las estancias palaciegas. Rutina sencilla e imprescindible, protocolo del examen facial al nuevo día. Sin palabras, solo delicadas maniobras mecánicas para evitar sonidos inoportunos. Las mismas manos acariciando los mismos pomos día tras día, año tras año, cada siglo. Una muda operación sin recompensa, pero imprescindible, anónima aunque fundamental. El aire fresco exige manos valientes y prudentes, inteligentes juegos de dedos que garanticen el éxito de los rayos de sol sobre los sillones tapizados. Las manos que blanden un sable no traen la luz, traen la muerte. Se requieren manos de hilandera, de panadero, el pulso de un carpintero y la inteligencia de un ermitaño. ¿A quién le importa el nombre de quien cada mañana abre las ventanas y puertas del palacio? ¿Quién da gracias a voces por disfrutar de un acicalado salón, tapizadas de sol sus paredes, apenas levantado del noble tálamo? Son las manos laboriosas, las que no exigen ni aplauden con estridencia, las que atienden el parto de la vida en el recinto.

Es triste morir. Aún más aciago es dejarse morir, matarse. Los despojos de la muerte son una burla a la grandiosidad de quien estuvo vivo, de quien tuvo un nombre con el que ser llamado, o ser aclamado, o insultado. Un charco carmesí sustituye las voces, el largo discurso de un reguero de sangre rememora el fluir del pensamiento, acallado para siempre, en manos ya de la memoria en su constante apelación contra el olvido. Sangre y olvido resbalando por las losas de granito labradas, como agua y aceite, unidos en el trance sin unirse. No es la sangre parte de la paleta

de colores de este lienzo. A la sangre no se la espera en el decorado teatral de la belleza. La sangre surge y se rebela. Entonces nadie puede acallarla ni pretender no verla. La sangre tiene culpables, causas, nunca es casual. Tiene perdón, compasión, miedo, pero nunca olvido.

Una vida plena dedicada a la vida, un corazón palpitante de amor y sueños, se desploman desmadejados sobre el banco de lamas verdes de madera, rodeados de silencio. Ahora es poco más que un despojo molesto y comprometedor. Alma que ansiaba, peleaba, ardía por todos los sentidos, ahí reposa arrojada en la cuneta de la vida como un perro atropellado, aguardando a ser advertida por alguien o servir de alimento matinal a las alimañas. Horas inacabables de una espera que no tiene propósito. Bastó un segundo, un disparo certero, para acallar largos y fructíferos años de esperanza. Siempre sorprende ver la ingente cantidad de sangre que puede brotar de las sienas, parece inacabable, como si se hubiera abierto de un sobresalto el origen mismo de la vida. Es tan prolongada la labor del escultor y tan fugaz el golpe que destruye su obra. Pero ya está hecho. Es la única decisión irrefutable, sin marcha atrás. Quizás por eso requiere escasa meditación, es por principio impulsiva. Un hombre debe tener una gran esperanza frustrada en algún cajón de su cuerpo para dejar que la sangre sea quien alce su voz y explique al mundo quién ha sido y no será nunca más. De lo contrario, no se podría entender por qué no resignarse a vivir con facilidad y paciencia. Él tenía una gran esperanza, la más alta de todas las imaginables. Tenía la promesa del amor y la impaciencia de la vida. Y todo lo perdió. El desengaño de quien pierde el amor apuñala los más íntimos pilares de la explicación de la vida.

Es aterrador el gesto de quien descubre por sorpresa la muerte en un lugar inesperado. El silencio huye despavorido. Gritos de alarma claman desordenados. Las aves carroñeras detienen su festín. Son inacabables los minutos que tarda alguien en acudir a la llamada de socorro. La sangre no detiene su escritura sobre

el granito. La piedra no escupe la sangre cuando la ha bebido a borbotones. Tiene prisa y poco interés en aguardar a que la limpien. Su destino es secarse al sol lentamente, quedar grabada en la piedra como seña permanente de inmortalidad, como recuerdo vivo, como amenaza, como advertencia. Nada vuelve a ser puro tras el paso de la sangre. Ninguna irisación, ningún rostro, permanece inmutable tras el paso de la sangre.

Tardó una infinidad asfixiante en acudir un grupo de empleados del palacio, alertados, hasta aquel discreto lugar. El cuerpo inerte yacía recostado en el banco de lamas verdes de madera, los ojos ausentes escrutando el suelo, las sienes atravesadas por un disparo incuestionable, sangre viva redoblando claveles por todas partes, olor salado, casi marino, distraendo el suave perfume de las flores de las acacias. Gestos de terror, aspavientos de quien no acierta a dar un paso sin tropezar, llamadas a Dios y a la Virgen santa, preguntas despeinadas sin destinatario para evacuar la angustia, cómo es posible, qué desgracia, hay que avisar a la Guardia, será un crimen, será un suicidio, la pistola está ahí junto al cuerpo, cómo es que nadie oyó el disparo, aparenta haber ocurrido de madrugada, tal vez al filo del amanecer, no respira, está muerto, los cuervos le han picado la cara y los dedos, qué horror, quién es, yo recuerdo esta cara, Dios mío, venga la Guardia, hay que mover el cuerpo, imposible hasta nueva orden, que se clausuren los jardines, hoy nadie puede acceder aquí, traigan una manta para cubrirlo, podría ser avistado desde las ventanas de Palacio, rápido y, ante todo, discreción, silencio rotundo y riguroso.

Un revuelo de aves negras insulta con amargor la clausura de su festín sobre aquel banco de lamas verdes de madera. Un difícil silencio se infiltra con la luz de la mañana.